NUESTROS HEROES MEXICANOS Y NOSOTROS

POR

EDMUNDO MEOUCHI M.

... Se llamará «Inmortal» un nombre arrojado contra el bronce. PABLO ANTONIO CUADRA. («Himno Nacional en Vísperas de la Luz».)

En último análisis, Carlyle fué un hombre bien intencionado. Escribió para los niños libros que los mayores leyeron concienzudamente. Nuestros maestros —que le admiraron a él tanto como a Rodó— cultivaron en nosotros el gusto por las amables historias y la pasión por los héroes.

Muy pronto nos dimos cuenta que los próceres griegos, romanos o checoslovacos no se parecían en nada a los nuestros. En un principio, esto nos desconsoló sobremanera. Pero después —en el fondo—, nos alegramos de ello.

Nuestros héroes mexicanos, concebidos al por mayor, no eran ejemplares. Muchos de ellos son héroes por equivocación y nos parecen apenados por su mala suerte. Ni vivieron, ni pensaron, ni murieron como esos notables adalides que los historiadores-poetas exaltan para instrucción de los burgueses.

En términos generales, nuestros héroes son gente amable y cordial. Por eso nosotros dialogamos y polemizamos con ellos; les exigimos cuentas claras y propósitos de enmienda. Pero sobre todo, les exigimos periódicamente un informe de las batallas que no ganaron, de las traiciones cometidas, de los dineros de México y de los bienes que arrebataron de «las manos muertas». Y ellos, pese a todo, mantienen con nosotros una estrecha y perdurable amistad. Parecen agradecer cumplidamente los esfuerzos que realizamos para aliviar un poco la terrible soledad en que viven y la inhumana rigidez a la que fueron condenados por sus escultores.

Los héroes de Europa, en cambio, viven enclaustrados dentro de su buena fama y nadie se atreve a perturbarlos. Son héroes con

un sólido y bien cimentado prestigio. Tienen una heroica conciencia de responsabilidad y, por eso, jamás alternan con los iconoclastas ni los escépticos.

En realidad, la fabricación de héroes ha sido y es una de las más prósperas industrias políticas de México.

Nuestros liberales, en su apogeo, levantaron una estatua por cada santo que creyeron derrocar. Y gracias a ellos, nuestro país es, también, una exposición sorprendente de estatuas sin héroe, y de héroes sin estatua. Tenemos héroes de infantería y de caballería, con espada y sin ella, leyendo proclamas de bronce o mirando en lontananza. En fin, muchos héroes, como recomendaría Carlyle a sus discípulos.

Nuestros revolucionarios, cuando les llegó su turno, también inventaron sus héroes y puntualmente fabricaron sus estatuas.

Con tantos próceres, es decir, con tantas estatuas, les perdimos el respeto en primer lugar —¡por supuesto!— al bueno de Carlyle; en segundo —y esto es muy grave—, a los griegos, y en tercero —menos mal—, a muchos «héroes».

Creemos que un planeta con tanta heroicidad esculpida es sencillamente inhabitable. Tememos que una estatua es —casi siempre— como una apología definitivamente petrificada, como un argumento final para demostrar las supuestas virtudes de un mentecato. Con don Carlos Pereyra —que sabía de estas cosas como ninguno—creemos que un día la gente que paga las estatuas, sublevándose dirá: «Ni mármoles ni bronces.» Y —por último— creemos que cuando un héroe auténtico y ejemplar obtiene una estatua es un héroe en franca decadencia, un héroe desalentado.

Así se puede explicar por qué don Hernán Cortés no tiene estatua entre nosotros. Y no la tiene porque no ha muerto aún, porque no ha sido olvidado, porque su grandeza está por encima de todas las estatuas. Entre nosotros a Cortés se le odia y se le discute; su nombre se vocifera, no se murmura tan sólo, en gabinetes y bibliotecas. Cortés preside a los que sufren persecuciones y vigilias por la defensa de México, y sus huesos, traídos y llevados sigilosamente como piedras de escándalo, nos acusan y nos humillan.

Hay deudas que no se saldan con un muñeco de bronce colocado sobre un pedestal y con un millón de entusiastas entonando himnos laudatorios. A los que nos reprochan que no hayamos levantado un monumento en memoria de Cortés, nosotros les respondemos con una pregunta. Pero ¿qué es, entre otras muchas cosas, nuestro país sino un monumento maravilloso consagrado a eternizar el nombre y la obra del Gran Conquistador...?

Tendrán que derrumbarse muchos monumentos para que sea levantado el de Cortés; tendrán que ser aniquiladas muchas estatuas; tendrán que caer muchos ídolos falsos.

A los héroes se les habla de «tú». Don José Vasconcelos, que fué entre nosotros un forjador de tempestades, hizo estallar hace dieciséis años, como tremendo explosivo, un libro titulado BREVE HISTORIA DE MÉXICO.

Los especialistas —cuando lo leyeron— declararon que se trataba de un libro muy deficiente. Los izquierdistas declararon que era un acto de alta traición. Y nosotros, los hombres de buena fe, declaramos que se trataba de un libro indispensable. Vasconcelos había utilizado múltiples documentos históricos que por razones que no conviene enumerar se hallan en la Biblioteca de la Universidad de Austin, Texas, desde donde —aunque parezca increíble— nuestros historiadores nos prueban muchas verdades.

De la larga lista de santurrones que nuestros maestros nos habían obligado a memorizar, sólo dos nombres no fueron borrados por Vasconcelos: Hernán Cortés y Lucas Alamán.

La *Breve Historia de México* desencadenó una verdadera revolución espiritual. Desde su publicación, con el debido respeto, empezamos a tutearnos con nuestros ídolos y —a veces— empezamos a insultarlos descaradamente. Desde entonces estudiamos con pasión todas las historias, «tomamos partido» e invocamos el espíritu de una figura nacional para sostener posturas políticas o para confundir al enemigo. Con Cortés o contra él. Con Juárez o contra Juárez. Con Díaz o contra Díaz. Con Obregón o contra él. Desde entonces nos dedicamos a la tarea siempre apasionante de exhumar y de contradecir *cadáveres*.

Vasconcelos había rematado con un libro ardiendo la obra colosal, inigualable de don Carlos Pereyra, y nosotros, como niños azorados nos habíamos quedado de pronto sin héroes, sin sueños ya y con un amargo sabor de boca.

Esto, que para otros pueblos puede ser catastrófico, para el nuestro fué una de sus más saludables experiencias. Nosotros no hemos hecho sino acercarnos a los héroes y a los genios, mirarlos de frente y tenderles cordialmente la mano. Están ahí, son seres que vivieron y sufrieron como nosotros, como nosotros fueron víctimas del tiempo y de la orteguiana y nunca bien ponderada «circunstancia».

Los liberales inventaron héroes porque no creían en los santos. Y es bien sabido que un hombre sin santos es, en cambio, un hombre que tiene bailarinas, futbolistas y toreros como deidades. Y esto lo sabían muy bien los liberales.

Cuando nosotros nos fatigamos de adorar a laicos santurrones y a futbolistas, empezamos a tutearnos con los héroes.

Esta es la historia de nuestras relaciones con los Hombres Ilustres y ésta y no otra, su sencilla explicación.

Pero no se crea que por haberles juzgado implacablemente no hayamos vuelto del fantástico Tribunal con un amor renovado hacia aquellos que, héroes de veras, resistieron las maliciosas miradas, las calumnias criminales, los ataques injustos y hasta las imprecaciones.

Hay en México menos héroes que los calculados por nuestros primeros maestros, pero hay más que los que propone Vasconcelos en su apasionada obra.

Ocasionalmente, escritores como Héctor Pérez Martínez, que deambulan por el patrio Panteón de Hombres Ilustres con magní-

fica y envidiable serenidad, publican libros destinados sobre todo a purificar la atmósfera cargada de odios y de rencores que nos abruma.

«*El Aguila que desciende*».—Pérez Martínez, fallecido recientemente, fué un hábil periodista. Realizó lo que en México se llama «una brillante carrera política» hasta ocupar la cartera de Gobernación en el Gabinete del Presidente Alemán.

Su libro CUAUHTÉMOC (1) —*Vida y muerte de una cultura*— demuestra dos cosas principalmente: que el último Emperador de los aztecas fué un hombre admirable y genial, y que Héctor Pérez Martínez fué el más ponderado y amable de sus biógrafos.

Mientras indigenistas recalcitrantes e hispanistas a ultranza se enseñan las uñas para enaltecer los primeros la gigantesca figura del azteca y los segundos la de Hernán Cortés, Pérez Martínez, con insólita ecuanimidad, se ocupa de los dos héroes y a los dos los rescata de la cruenta refriega. Apacigua los ánimos de los exaltados y advierte en su libro noblemente: «*La Conquista de México ha sido un tema de política militante, juzgándola en cada tiempo con una actualidad que no posee ya. Se trata de un hecho consumado cuya discusión no podrá modificar lo acontecido. Quienes la rebajan y la condenan o la justifican y la exaltan se apartan, pues, de su realidad esencial que nos atañe más íntimamente: la existencia de México como país mestizo.*

»*Para entender a México y amar a México cuentan por igual el latido de nuestra sangre española y la calidad de nuestro mundo indígena que esa sangre fecunda. Decidirse por una de ambas raíces y levantarla como una bandera exclusiva es negar nuestro destino.*»

Estas frases sorprendentes —no se olvide que Pérez Martínez fué revolucionario— son como una invitación —más que una advertencia— para leer el libro.

Cuauhtémoc es retratado por Pérez Martínez con destreza, aprovechando los estupendos bocetos de los cronistas españoles. Cuauhtémoc no es «El Aguila que desciende», sino un hombre de carne y hueso, que supera el anonadamiento de su pueblo y defiende su Imperio. Es el digno rival de Cortés, el enemigo que Cortés se merecía. Menospreciar a Cuauhtémoc significa disminuir los prestigios del Conquistador. Mostrar a Cortés como un «arcabucero transeúnte» (Oswald Spengler) significa limitar las virtudes del último Emperador de los aztecas. Porque es bien doloroso que un Imperio deje de existir por una ridícula maniobra, «destruído como una flor que un transeúnte decapita con su vara» («La Decadencia de Occidente»). Pero Spengler no sabía de estas cosas.

Cuauhtémoc «*fué sin duda el único de los reyes que tuvo México, que concibiera la idea de constituir una nacionalidad*». «*Por otra parte, dulcificó, humanizándola, la tradición de la tribu. Ni dés-*

(1) Héctor Pérez Martínez: *Cuauhtémoc* (Vida y muerte de una cultura). Colección Austral. Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1949, 214 págs.

pota ni sanguinario, tampoco iba a consumir las fuerzas de su imperio en sacrificios. Necesitaba a la gente para organizar la resistencia... Pero su empeño no encontró respuesta. Los pueblos aborígenes considerábanse extraños unos a otros. El fermento del odio y su misma organización oprobiosa, colocaron al imperio en el momento de su catástrofe...» («Cuauhtémoc», pág. 117.)

Las páginas 69, 70 y 71 del libro, para nosotros las más logradas, contienen un paralelo de los destinos de Moctezuma y de Cortés, que revelan al lector la bonhomía y el espíritu justiciero de Pérez Martínez. No sólo admira al Conquistador, sino que lo ama tanto como a su biografiado.

El estilo del libro, aunque irregular, es sugestivo y a veces hasta brillante. Pérez Martínez evita toda polémica y su libro nos parece como una apología por partida doble, como un nobilísimo intento para conciliar a dos bandos. He ahí su mérito principal.

México vive bajo el signo de la contradicción, sostiene reiteradamente Pérez Martínez; pero *«tal contradicción no debe tomarse por sus aspectos de impotencia. Valga por lo que de afirmaciones generosas contiene. La norma espectral del indígena modela también al conquistador. Si éste subyuga el cuerpo de los hombres de la tribu, sucumbe en cambio a su espíritu. Cuando en nosotros las ideas entran en conflicto es porque más se afirma la claridad de ese destino, es porque Cortés y Cuauhtémoc se animan y reanudan su batalla secular.*

»El cuerpo de Cortés, caído en sedas y desgracias; Cuauhtémoc, vuelto cenizas en la selva, forman nuestra epopeya. Ambos fueron hombres de dos mundos que en nosotros se concilian y luchan. Tal es nuestra estirpe. Y a tal linaje, tal escudo...»

Cuauhtémoc, el de «Suave Patria», el héroe que amó sin medida nuestro poeta Ramón López Velarde, emerge del libro de Pérez Martínez, ennoblecido, humanizado, para ubicarse más allá de nuestras fobias, demagogias y rencores.

Edmundo Meouchi M.
Casas Grandes, 53.
MÉXICO, D. F.